

Transitar es hacer pasado

Muñoz Morán, Óscar. (2020). *“Caminos con barro, trabajo y fame”*. Usos y desusos del territorio en el Concejo de Quirós, Ediciones de la Universidad de Oviedo, Oviedo.

Aunque ha visto la luz solo en fecha reciente, esta etnografía de Óscar Muñoz Morán sobre el territorio y el recuerdo del pasado en Concejo de Quirós (Asturias) es fruto de un proyecto de investigación finalizado al parecer hace más de una década. Se trata, en cierto modo, de un acontecimiento inesperado; Muñoz Morán, profesor de la unidad docente de Antropología de América de la Universidad Complutense de Madrid, ha dedicado la mayor parte de su trabajo a la investigación entre los purépechas en México y los quechuas en Bolivia, pero en este caso se adentra en un terreno que, pese a su proximidad, no le era familiar desde el punto de vista académico. Las problemáticas antropológicas generales en las que este libro se adentra –tales como el pasado y su expresión, las significaciones del espacio o el papel de la palabra y del testimonio–, sin embargo, sí forman parte de un interés más amplio y reconocido del autor. De cualquier modo, es notorio que tuvo años para madurar y reestructurar los interesantes materiales de campo que recopiló en su día y que hoy celebramos que por fin se hayan visto publicados.

Pues bien, lo que Muñoz Morán se propone mostrarnos es el “retrato” de una serie de “prácticas sociales [...] por medio de los lugares donde se llevaban a cabo” (p. 13). Esto es, una “etnografía extensa de los lugares donde se producían encuentros, reuniones, fiestas o simplemente, desplazamientos” (p. 14) en este áspero y actualmente deshabitado entorno rural que configura el Concejo de Quirós. Pero esta descripción, cabe decir, se encuentra enmarcada en un interés más general sobre el paso del tiempo y su percepción. Según el autor, por lo tanto, “el objetivo último y más importante era conseguir una etnografía del pasado y del territorio como un todo, mostrándolas como dos instituciones claves de cada cultura” (p. 19).

El antropólogo se propone así seguir etnográficamente determinados lugares –como templos, iglesias, hórreos, paneras, puertas de iglesias, escuelas, chigres, comercios, pastos, puertos y morteras, caminos, carreteras, etc.–, pues afirma que es mediante la valoración que se hace de ellos que los quirosanos tienden a interpretar el pasado. Para poder llevar a cabo esta tarea, recoge de Luis Díaz Viana la idea de la “memoria etnográfica”, a la que se refiere como aquellos “mecanismos usados de forma colectiva (por un grupo social) para recordar y revivir prácticas y representaciones del pasado” (p.18), o, dicho de otro modo, los enunciados y narrativas (orales, escritas o visuales) mediante las que se manifiesta

la memoria, “haciendo presentes prácticas y acciones recientes caídas en desuso” (p. 18). El relato sobre el lugar, entonces, es efectivamente la herramienta etnográfica mediante la cual la investigación accede a la práctica social. Cabe decir, en ese sentido, que en la etnografía de Muñoz Morán los enunciados particulares de los habitantes del medio quirosano, con su jocosa expresividad y sus enunciados y conceptos locales –como medio'l pueblo, pueblos de arriba y pueblos de abajo, poixas, estaferiar, refrescar, subir al puerto, etc.–, adquieren un papel privilegiado, confiriendo al texto de gran soltura y dotándolo de rigor etnográfico.

Pero conviene dirigir brevemente la atención hacia el personaje principal de esta investigación: el territorio. Muñoz Morán no llega a adentrarse de lleno en el debate antropológico en torno a la problemática de la territorialidad, aunque se apoya en el trabajo de Simon Schama, José Luis García García y Gilberto Giménez para tratar de ella, vinculando casi en todo momento este concepto –referido ocasionalmente como “territorio cultural” – con la noción de “paisaje”. Dice el autor que “es en el territorio [...] donde mejor y con mayor solidez se presentan hoy en día unas prácticas sociales ya casi desaparecidas” (p. 16). Y es que el territorio es, “ante todo, interpretado y significado por el quirosano, más allá de lo geográfico, administrativo e histórico” (p. 77), lo que lleva a pensar que los lugares, así como el territorio quirosano en su generalidad, pueden ser analizados según su capacidad mnemotécnica, es decir, según su facultad para servir como índices del complejo proceso analógico rememorativo, haciéndose uno con la maraña de prácticas sociales que componen el pasado. Puede decirse que, como en una red neuronal, para Muñoz Morán los lugares parecen ser los nodos cuya conectividad social posibilita la memoria colectiva. No se trata de una metáfora. Para los quirosanos, recorrer los caminos implica simultáneamente el devenir de una forma paralela de tránsito o comunicación, el de las sinapsis neuronales mediante las que se produce el recuerdo. Transitar es hacer pasado.

Esto último cobra especial profundidad gracias al peso que la etnografía ofrece, precisamente, a los caminos. Los relatos de Muñoz Morán muestran cómo los caminos del Quirós no eran simples conectores entre pueblos, sino que en ellos mismos se producían los encuentros sociales cotidianos y en sus cruces se organizaban los bailes y festejos. Cuanto más lejana la fiesta, mejor, ya que “esto mantenía las relaciones entre pueblos

con constancia y convertía a los caminos en las arterias principales a través de las cuales se creaban, porque las fiestas antes yera andar mucho camino” (p. 156). Estos contaban a su vez con sus propios lugares de descanso, las poixas, que servían de punto de encuentro y de intercambio para los viajeros que se dirigían a las brañas y cabañas de montaña. Eran además espacios sonoros extensos por los que transitaba el canturreo constante de los grupos de trabajadores que subían al puerto para cuidar del ganado o el de los mozos que se desplazaban entre parroquias para acudir a los bailes o para visitar a sus parejas. Simultáneamente, en el esfuerzo que mostraban estos últimos en recorrer regularmente los largos caminos para cortejar a las chicas de los pueblos vecinos, la población quirosana reconocía un mecanismo de medición del interés amoroso de los pretendientes. “Los caminos eran”, en definitiva, “la vida del habitante de Quirós” (p. 207), y su mantenimiento constituía una necesidad de primerísimo orden, para lo cual existían las estaferias y las xuntas o concechos, complejas prácticas e instituciones sociales encargadas de hacerlos y arreglarlos.

Por otro lado, del mismo modo en que el espacio es analizado según su articulación social, el acontecimiento histórico no es tratado aquí como un simple “hecho sucedido” —objetivo, fijo, estable—, sino como un problema de interpretación: “como una contingencia que se convierte en acontecimiento digno de ser considerado histórico [...] en el momento en que el grupo humano lo adopta y hace propio, dotándole de una interpretación e interiorizándolo en su cotidianeidad” (p. 15). Se percibe, de ese modo, la influencia del trabajo de Marshall Sahlins, quien es ocasionalmente citado y en quien el autor parece apoyarse al constatar que, para la población quirosana, no hay historia ni recuerdo de acontecimientos anterior al siglo XX. La memoria, en todo caso, se manifiesta en lo cotidiano de un modo que difiere de la matriz temporal, si bien es, precisamente, “el territorio quirosano” un resorte privilegiado “en el mecanismo de activación del recuerdo local” (p. 15). De esa manera, cuando se habla del “pasado” en realidad se está haciendo referencia a los conjuntos de “prácticas sociales” —entre las que incluye las xuntas o concechos, los entierros, los bailes y fiestas, la educación, los momentos de ocio, la cría de ganado o los simples desplazamientos— que en estos lugares eran activadas, pero que hoy en día ya no son más que objeto de conversaciones y rememoraciones. Este trabajo, tal y como el autor constata, “no es una antropología de la historia, sino del pasado. No de acontecimientos claves y considerados históricos, sino de un estilo de vida cuya presencia está principalmente en el recuerdo local, pero también en la cotidianidad” (p. 16). Es, asimismo, “un análisis de la interpretación de la historia que se hace en el concejo y, al mismo tiempo, una etnografía del territorio donde esa historia adquiere significado” (p.15).

Cabe decir, sin embargo, que hay un acontecimiento profundamente grabado en la memoria quirosana: el ocaso de la industria minera asturiana, marcado en el caso de Quirós por el progresivo cierre de la práctica totalidad de las minas a lo largo de las décadas de 1960

y 1970. Se trata de un hecho triste y prolongado que, según el autor, “se vivió en Quirós como el fin de una forma de vida” (p. 46); no solo el de la tradición obrera, sino también el de la vida social rural que la acompañaba desde antaño, si bien el perfil del trabajador quirosano durante el siglo XX remitía al de un “agricultor” o “ganadero mixto” (p. 44) más que al del típico “obrero mixto” del que nos habla recurrentemente la sociología del trabajo. Según los testimonios de los paisanos, de hecho, la actividad ganadera en las montañas se daba para muchos después de la jornada en la mina. El vaciamiento de la mina lo fue también de la montaña.

Y es que resulta particularmente llamativo cierto movimiento anímico que acompaña el conjunto de la investigación. Desde un inicio, el interés por las prácticas sociales perdidas, más aún en boca de los propios habitantes, invoca cierto sentimiento trágico y nostálgico. La pérdida, el abandono, el envejecimiento y la muerte parecen configurar mecanismos de comprensión del cambio social. Entre otras cosas, los quirosanos y quirosanas “miden el grado de despoblamiento de sus pueblos” (p. 102) a partir de las casas cerradas y su comparación con las que antes permanecían abiertas. Asimismo, la muerte de los miembros de la comunidad, cuya presencia “en las conversaciones entre quirosanos” es caracterizada como “abrumadora” (p.59) por el autor, configura un mecanismo privilegiado de datación. El pasado, además, constituye un marco rememorativo particularmente caracterizado por el sufrimiento; el que se daba en las minas y el que se dio tras su pérdida, el de la dureza del pastoreo en los ásperos puertos de montaña, etc. Según Muñoz Morán, el territorio es entendido por la población de Quirós como un “medio adverso, donde prácticamente nada se puede producir, pero que, en cambio, ha resultado ser la institución cultural más propicia para la formación de la sociedad local” (p. 14). El paisaje, por lo tanto, se percibe como “un espacio difícil de dominar y donde la dureza y las dificultades se anteponen a la comodidad y el bienestar”, lo que provoca incluso el resentimiento de algunos hacia “los primeros pobladores por elegir lugares tan escarpados” (p.233). En la “adversidad” y la “dureza” parecen reconocer los quirosanos su propia tradición, entendida en este caso como “aquellas estructuras culturales que todavía existen o tienen reflejo en la actualidad, y que los participantes de las mismas son conscientes de su recorrido en el tiempo” (p. 231). Y en la constatación de su pasado, asimilan el paradójico alivio de lo “ya superado” (*ibid.*). Digo paradójico porque, si bien “la tradición es [para los quirosanos] vida superada y, esta, sinónimo de sufrimiento y dureza” (p. 231), lo era también medio de una relacionalidad y convivencia sociales en cierta medida añoradas.

Pero es ahí donde se constata que la nostalgia y la paradoja las trae más bien el lector, el turista y el antropólogo. En las curiosas conversaciones de las ancianas se percibe el consuelo debido a la mejora de las condiciones de vida actuales, mientras se discute incluso sobre la pertinencia de rescatar el recuerdo de la tradición por medio de la escritura. En contra de los intereses de las instituciones turísticas y de los investigadores, los quirosanos y quirosanas reniegan sin tapujos de su pa-

sado. Quizá esto ocurra tan solo porque, para recordar, tal y como esta etnografía demuestra, en cierto modo ya tienen su territorio y su paisaje, esto es, “un nexo con el recuerdo y una institución permanente del tiempo” (p. 236).

Hay una última cuestión que debe ser notada. Y es que en esta obra son contados los momentos en los que hay algún tipo de movimiento bibliográfico más allá de la antropología y la geografía asturianas, lo que parece indicar que Muñoz Morán no pretende adentrarse en un debate demasiado amplio en torno a las problemáticas antropológicas contemporáneas sobre la territorialidad y el pasado, cuya revisión bibliográfica apenas ofrece. Esto, que en cierto modo resulta beneficioso para la claridad de los datos de campo, constituye una amenaza para la investigación en lo que se refiere a su inclusión en un marco teórico más general. De hecho, la inscripción perceptiva del tiempo y la historia en el territorio y el paisaje (y viceversa) constituye un asunto de primerísimo orden en el contexto americanista del que el propio Muñoz Morán proviene y ha sido tratado por numerosos autores/as pertenecientes al mismo, como Christine

Hugh-Jones, Marisol de la Cadena, Joanne Rappaport, Carlo Severi, Philippe Descola, etc. Esto invita a preguntarse en qué medida hubiera sido beneficioso que el autor hubiese puesto de manifiesto el lugar de esta etnografía en el marco de otros debates e investigaciones sobre lo territorial y el paisaje, como las de aquellas antropólogas/os que incorporan problemáticas fenomenológicas (Tim Ingold, Christopher Tilley, etc.), de gubernamentalidad (Elisabeth Povinelli, Ismael Vaccaro y Oriol Beltrán, Tania Murray Li, etc.) o incluso cosmológicas y ontológicas (Caroline Humphrey, Barbara Glowczewski, Alexandre Surrallés, etc.) en sus respectivos estudios. Sea como fuere, más que en su resonancia o conectividad teóricas, no cabe duda de que el valor explícito de esta obra se encuentra en su profundidad etnográfica; al fin y al cabo, para Muñoz Morán es ahí, en la descripción, donde el entrelazamiento entre el territorio y el pasado se manifiesta con mayor nitidez.

Ion Fernández de las Heras
Universidad Complutense de Madrid
ionferna@ucm.es